

La línea de vida de José Ingenieros no ha sido una línea recta, pero sí ha sido un camino pensado, un plan que, con ensayo y error, aprovechó cada situación, oportunidad y contacto para alimentar su historia, incluso si ese objetivo implicaba forzar la realidad. Estaba urgido por lograr reconocimiento con la medicina, el derecho, la sociología, la criminología, la psiquiatría, militante socialista, masón, anticlerical, ¡hasta indagó en el espiritismo! Estaba urgido, pero no apurado. No improvisaba, aun cuando inventaba polémicas que terminaban siendo reales, su horizonte siempre estuvo nítido y despejado. Nació en 1877 como *Giuseppe Ingegneros*, en Sicilia. Su padre, liberal y socialista, era amigo de Garibaldi, Mazzini y Malatesta, emigró al Uruguay. Ingenieros vivió su infancia en Montevideo, luego desembarcó en Buenos Aires, donde se educó, fue alumno del futuro Colegio Nacional. Este país joven era ideal para construir y desarrollar un pensamiento complejo y contradictorio.

El historiador Mariano Ben Plotkin es el autor de la flamante y sorprendente biografía *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo* (Edhasa) donde confecciona una hoja de ruta tan compleja como interesante. Plotkin es un experto en historia intelectual, en los retratos de épocas fundamentales del país. Escribió libros clave sobre los orígenes del psicoanálisis en la Argentina (*Freud en las pampas* y *Estimado Doctor Freud*), también indagó en el imaginario político peronista y el carisma del líder justicialista en *Mañana es San Perón*. También ha analizado la educación superior.

En este libro, el estudioso reconstruye el camino sin pausa de este multifacético hombre de fines del siglo XIX y principios del XX. Persigue con una cámara oculta cada búsqueda, intento y desafío de un Ingenieros que supo muy bien cómo moverse, adaptarse, instalarse, un experto en medio de la selva abriéndose caminos a machetazos y asfaltándolos a la vez. Se hizo un nombre. Y un apellido al que le sacó una letra, esa segunda e incómoda "g" siciliana.

Ingenieros hubiera deseado recibir un monumento, pero tiene apenas un monolito en el cementerio de la Chacarita. Muy cerca de allí, una mañana de feriado, Plotkin rescita al autor de *El hombre mediocre*, con este libro que también homenajea a todos los hombres y mujeres que armaban y desarmaban los tiempos de la nación joven.

-José Ingenieros es una caja de sorpresas. Imposible imaginar todo lo que hizo en 47 años de vida. ¿Qué tipo de intelectual fue?

-Tiene una dimensión diurna y una nocturna en su trayectoria. Su producción parece sobrehumana: cuando se fue un año a Europa, publicó seis libros, una cantidad impresionante de artículos científicos y crónicas que mandaba a *La Nación*. Tenía una capacidad de trabajo infinita. Después hay una dimensión menos seria: mirás los artículos que publicó y hay muchos con títulos iguales publicados en distintos lugares. Uno trata de entender una época a partir de un personaje como este, que es excepcional. Su labor como gestor cultural es tanto o más importante que su labor intelectual. A los 16 años, ya tenía una revista estudiantil. Es un siciliano que llegó en tercera clase y quiso conquistar y casarse con la hija de Julio A. Roca. Muy inteligente, en muchos casos construye espacios y en otros se sube a las olas que ya existían; tal fue el caso de su último reciclaje como mentor del latinoamericanismo antiimperialista. Es contradictorio. Cuando estaba en París, el año de su muerte, siendo el gran líder del la-



Mariano Plotkin, experto en historia intelectual, abordó la vida de un multifacético José Ingenieros.

Entrevista con Mariano Plotkin. El historiador reconstruye la fascinante vida de José Ingenieros, un intelectual librepensador que promovía la sexualidad femenina, se acercó al poder y soñó con la gloria.

EL HOMBRE DE UN ANSIA SIN LÍMITE

POR HÉCTOR PAVÓN

tinoamericanismo y el antiimperialismo, le dice a su esposa, en tono despreciativo, que tenía que vérselas con diplomáticos "tropicales". También era profundamente racista.

-¿De dónde surge, cómo es que sale tanto ímpetu, tanta necesidad de abarcar...?

-Es el segundo hijo de una familia de inmigrantes sicilianos. Sus padres "invierten" en su educación a pesar de ser el hijo menor, lo mandan a una escuela primaria dirigida por Pablo Pizzurno, que ahora es el Nacional Buenos Aires. Eso le permite entrar a la Facultad de Medicina, luego a la de Derecho, que abandona rápidamente. Por otro lado,

BÁSICO

MARIANO BEN PLOTKIN
DOCTOR EN HISTORIA.

Es doctor en Historia por la Universidad de California, Berkeley y Licenciado en Economía (UBA). Ha enseñado en Harvard University, Boston Univer-

sity y Colby College. Actualmente es investigador del CONICET y Profesor en la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Entre sus libros se encuentran *Mañana es San Perón* (segunda edición en 2007), *Freud en las pampas superior y las ciencias sociales en la Argentina* (2006). También escribió *Los saberes del Estado* (2012), en coautoría con Eduardo Zimmermann, y *Estimado Doctor Freud* (2017).



Retrato de José Ingenieros, un siciliano que vivió con urgencia y pensó en su posteridad.

su padre tenía el grado 33 de la masonería y dirigió la revista masónica mucho tiempo. Llegó aquí con una carta de Garibaldi, el jefe de la masonería italiana para sus hermanos masones latinoamericanos. En este contexto Ingenieros conoció a Bartolomé Mitre, y luego va a escribir en *La Nación*. Conoce a Roca a través de su hijo y de su hermano, los dos masones. Ingenieros aprovecha estos espacios para formar círculos de sociabilidad a los que su condición social no le hubiera permitido acceder nunca. Esa es la parte exitosa.

–Arma polémicas con personajes notables de las cuales saca rédito...

–Un caso típico es su conflicto con Roque Sáenz Peña. Luego se va a Europa invocando esa disputa. Sin embargo, Ingenieros pensaba irse del país mucho antes; hay cartas de 1909 a su padre –que había vuelto a Italia–, donde le dice que se quiere ir de aquí. De golpe, le niegan una cátedra en la Facultad de Medicina y en lugar de verlo como un fracaso arma una pelea pública con el presidente, escribe *El hombre mediocre* y aclara que Sáenz Peña es el personaje que da título al libro. También polemizó con Paul Groussac. La primera vez desde *La Montaña*, pero Groussac ni se dio por enterado. Años después, arma otra polémica desde *Los Archivos de Psiquiatría*. Ambos tienen un intercambio de cartas intenso. Groussac le pide “no quiero que publique esta correspondencia”, Ingenieros la difunde igual. Entonces aparece refutando al intelectual más temido y prestigioso de la Argentina, en la revista del propio Ingenieros, con lo cual se queda con la última palabra. Combinaba inteligencia, capacidad de trabajo y un oportunismo a toda prueba.

–Quiso ser el consejero del presidente Hipólito Yrigoyen.

–En 1919, Yrigoyen lo cita para discutir con él la situación posterior a la Semana Trágica. Ingenieros pone una serie de condiciones inaceptables. Le dice que sí, pero sólo si Yrigoyen acepta un plan de gobierno que él va a formular. Por supuesto fracasa, la reunión no se realiza. Ingenieros imagina (ya lo había hecho con Sáenz Peña) que puede hablarle de igual a igual al poder. En su imaginario, hay una relación simétrica entre el intelectual y el poder.

–¿Qué lugar tuvo en la vida bohemia, en la literatura?

–En 1897 conoce al poeta nicaragüense Rubén Darío en Buenos Aires y logra introducirse en su círculo íntimo. Ambos circulan en eso que parece una bohemia. Manuel Gálvez dice que nunca hubo tal bohemia en la Argentina, porque todos tenían trabajo para mantener a sus familias. Con Darío constituyen la sociedad literaria “La Syríngea”, Ingenieros lo pone a Leopoldo Lugones como participante de este grupo, pero Lugones no quiere saber nada, está ocupado. A su vez José María Ramos Mejía, quien fue para él una especie de mentor en la Facultad de Medicina, también era un escritor y un promotor de las letras; armaba una tertulia donde venían intelectuales. Ingenieros también publicó muy brevemente una revista literaria, *El Lirio Rojo*.

–Y su posición socialista ¿era también una pose, solo el clima de la época, un camino para llegar a algún objetivo?

–Era un camino. Su padre fue uno de los fundadores de la filial de la Primera Internacional en Sicilia. La casa de José Ingenieros era un centro de circulación de exiliados republicanos italianos, masones, socialistas. Fundó el centro universitario socialista y, junto con Lugones, le disputaron el liderazgo del partido al propio Justo. Ese partido socialista incipiente se convierte también en un espacio de cruce. Ahí se encontraba con Augusto Bunge (de quien había sido compañero en el Nacional), por ejemplo, después se pelea y se va del partido. Pero él dice que sigue siendo socialista. Es uno de los que durante más tiempo apoyan después la revolución soviética, o lo que él entiende de la revolución soviética, que no es lo mismo que entendía la Tercera Internacional.

–¿Cómo logra ser leído en Chile y en Brasil? Trasciende las fronteras, llega a Europa...

–Es un pionero, manda sus publicaciones a todas partes y comienza por Brasil y Chile. Y es interesante porque gente mucho mayor que él, con más formación, termina casi tomándolo como un maestro. Y le dicen, “sugiéranos lecturas”; y eso también es parte de su capacidad de construir redes internacionales, el tema del papel del correo como agente de civilización. Cuando dirige los

Catedrático de opiniones contundentes.

Plotkin diagnostica el estado de la investigación.

“El Conicet no puede ser un seguro de desempleo”

–¿Qué opinión te merece el estado de la investigación en nuestro país? ¿Y el Conicet?

–Me parece que el Conicet no debería seguir incorporando una enorme cantidad de gente sin previamente mejorar la situación actual, los salarios, la calidad de los subsidios. El subsidio es básico para una investigación. A los investigadores, por ejemplo, se les exige que vayan a congresos (si son internacionales, mejor), pero después no hay forma de financiarlos, tienen que pagarlo de su bolsillo, aunque tengan un subsidio. Esta política lleva a que, finalmente, la gente se vaya del país. Si se quiere que el sistema científico se convierta en un sistema de excelencia en serio, hay que financiarlo; no existe la ciencia barata. Hay que lograr que los laboratorios consigan los equipos que necesitan, que se le pague a la gente un sueldo razonable. Si el objetivo es convertirlo en un seguro de desempleo para gente con doctorado, es otra cuestión, pero si lo que se quiere es sostener un sistema científico de excelencia, hay que pensarlo de otra manera. ¿Qué organismo del Estado argentino, que es un estado pobre, puede incorporar 800, 900 empleados públicos todos los años? Me parece que es el resultado de la fantasía de que seguimos viviendo en un país rico, y hace rato que dejamos de serlo. No somos más los primeros en América Latina, lamentablemente.

–Un número importante de jóvenes está abandonando el país, algunos de ellos con una buena formación...

–Más allá de la cuestión simbólica, está el hecho de que con el científico que se va, perdemos a alguien que al país le costó mucho dinero y esfuerzo formarlo. Ese joven probablemente fue a una universidad pública gratuita, se le pagaron subsidios, becas. Perderlo es perder una inversión, además de perder una cabeza. Como sociedad cuesta mucha plata formar un científico, entonces me parece que también tendría que hacerse todo lo posible para conservarlo desde ese punto de vista.

–¿Y cómo les va en promedio a los científicos argentinos que desembarcan en otro país?

–A los argentinos que se han ido afuera les ha ido muy bien. Yo viví 15 años en Estados Unidos y he vuelto. Me cuesta

mucho trabajo pensar con qué argumentos detendría a un joven científico con buenas aptitudes, y decirle “no, no te vayas a una universidad de Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania... quedate acá”. ¿Para qué? Me costaría trabajo encontrar argumentos, más allá de los simbólicos, patrióticos, que son válidos, pero no creo que sean los únicos que uno puede esgrimir.

–¿Qué opinás de la creación de un número importante de universidades en el Conurbano y en distintos puntos del país?

–Bienvenido sea todo lo que tenga que ver con educación. Cuántas más universidades, escuelas y centros de formación se puedan crear, mejor. Yo doy clase en una universidad del Conurbano, y debo decir que es una de las experiencias más enriquecedoras que he tenido en mis más de treinta años de docencia universitaria, aquí y en el exterior. La mayoría de mis alumnos son primera generación universitaria y muchos de ellos no hubieran podido acceder jamás a la universidad si no existieran estas instituciones, así que bienvenidas sean todas. Todo lo que sea educación. Es cierto que no todas las universidades tienen el mismo nivel, pero no importa, son espacios de generación de conocimiento, de incorporación de gente en la educación superior; me parece que eso es maravilloso.

–¿Hay un plan en el terreno de la formación universitario? ¿Hay políticas de estado?

–No. Tiempo atrás, con el gobierno anterior, vino a la institución donde yo investigo, el IDES, el presidente del Conicet, le preguntamos cómo eran los criterios de cuotas por disciplina: “Bueno, 25% para las ciencias sociales, 25% para las humanidades...”. Yo le pregunté, “¿Esto es parte de una política o es para que no se pelee la gente?”. Me respondió: “para que no se pelee la gente”. O sea, nadie se puso a pensar cuántos ingenieros vamos a tener y necesitar de acá a 20 años, cuántos médicos, cuántos historiadores y cuántos sociólogos. No me parece que esa forma de asignación de recursos sea una política de estado. Creo que parte del problema que hay acá es que no hay política de estado ni en eso ni en muchas otras cosas. Siempre se piensa en el corto plazo.



Un clásico: científicos protestan por mayor presupuesto.

Archivos de Psiquiatría y criminología y dirige una revista crea una cantidad de contactos impresionante. Debe haber sido una de las primeras revistas en América Latina especializada en esos temas.

-Se graduó de farmacéutico en 1897 y de médico en 1900. ¿Cómo se desarrolló en ese campo?

-A principios de siglo XX se va alejando de la política, se recibe, pero sus notas universitarias son bastante bajas. Sin embargo, su tesis recibió un premio de la academia nacional de medicina. Ese es uno de los primeros logros académicos importantes. Cuando empieza a publicar sus textos, varios de ellos son traducidos al italiano, francés, alemán...

-Decís que "Ingenieros trataba a los criminales como casos clínicos". Ahora ya es criminólogo y con una visión distinta a lo conocido...

-Sí, muy temprano empieza a escribir textos de criminología en otra revista que fundó. Y antes, ya escribía en una revista que se llamaba Criminología moderna, que publicaba Pietro Gori (abogado y escritor anarquista). Ingenieros ve la psiquiatría y la criminología como dos caras de la misma moneda, dos saberes que de alguna manera definen al estado moderno, los criterios de inclusión o exclusión. La criminología que establece distinciones entre quién es delincuente y quién no; y la psiquiatría diferencia a los locos de los normales. Uno de sus aportes a la criminología es prestarle particular atención a la dimensión psicopatológica, él dice: "no, hay que mirar lo que es específico de los delincuentes, su psicopatología". Así, hace una operación muy interesante, porque define saberes específicos, de los cuales, por supuesto, él es uno de los portadores. Para poder evaluar a un delincuente y para evaluar el nivel de imputabilidad necesitás un especialista, que no es cualquier médico, que no es cualquier abogado. ¿Quién es el especialista? Los abogados no pueden decidir quién es delincuente y quién no, porque no tienen el conocimiento necesario. Ni un médico, ni un psiquiatra. Debe ser un médico perito, especializado, etcétera. Y cuando empezás a mirar el currículum te das cuenta de que está hablando de sí mismo. Es él el indicado.

-Al mismo tiempo está investigando y desarrollando conceptos de la psicología de ese momento...

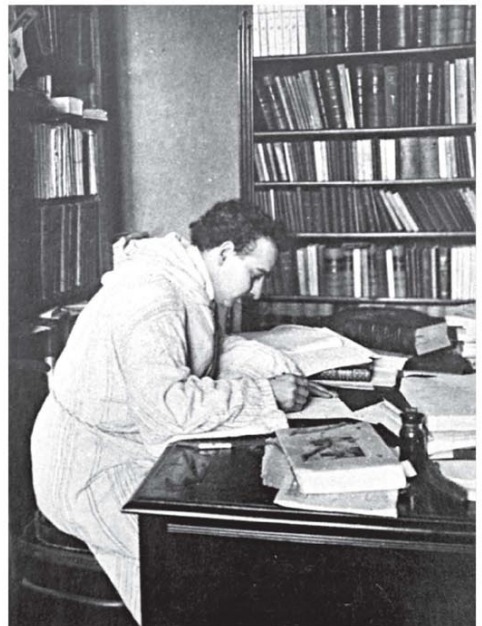
-Escribe un libro muy importante: *Histeria y sugestión*. Su tesis se convierte en dos volúmenes grandes, uno es *La simulación, la lucha por la vida* y el otro *La simulación de la locura*, como un caso particular de la lucha por la vida. Ya venía interesado en el tema de la psiquiatría y la criminología como también, vinculado al tema de la simulación, los delincuentes que simulan ser otra cosa, para evadir el castigo. Aparece el tema de la histeria, que también, es la gran simuladora; todos los temas se van articulando incluso con su vida personal. Si hay alguien que es el gran simulador es él... Es posible ver esta articulación entre vida personal e intereses intelectuales en otros libros. Un ejemplo es uno de sus libros póstumos: *El tratado del amor*. Sobre el final de su vida, le escribe cartas a su esposa que parecen textos copiados de ese libro (o al revés, no sabemos el orden de su escritura). Sus conflictos de pareja aparecen reflejados en el libro y viceversa.

-Muy adelantado para su época, Ingenieros enfatiza la importancia del placer sexual femenino.

-Su mirada evolucionista inicial se basa en que la actividad sexual debe estar determinada por la función reproductiva de la especie. Luego rescata el erotismo femenino como un valor en sí mismo y el valor de ciertas prácticas, como la masturbación, por ejemplo. Cita el caso de una mujer que



Ingenieros con su esposa Eva Rutenberg.



José Ingenieros en su etapa científica

FRAGMENTO

El descubrimiento de América latina

Aunque algunas veces se había ocupado del tema, no puede decirse que los avatares de América Latina hubieran estado en el centro de los intereses de Ingenieros hasta el último lustro de su vida. Su mirada anterior sobre el continente oscilaba entre el arrielismo y el desprecio. En 1913, por ejemplo, se había visto envuelto en una polémica con el venezolano Rufino Blanco Fombona acerca de las figuras de Bolívar y San Martín. Blanco Fombona había criticado referencias supuestamente despectivas hechas por Ingenieros a Simón Bolívar en *Sociología argentina*. El argentino respondió con una nota publicada en la revista *Hispania* en octubre de 1913, en la que señalaba que "podemos ser americanistas sin idolatrar a Bo-

lívar y San Martín; podemos ser patriotas sin desconocer que nuestros respectivos historiadores han consagrado ampulosas leyendas, cuya óptima inspiración no es incompatible con el error". Terminaba el texto con una profesión de fe latinoamericanista -todavía no aparecía, sin embargo, nada parecido a la dimensión anti-imperialista- con tonos de reminiscencias arellianas: Pongamos nuestro ideal americano en el advenimiento de una vigorosa cultura neolatina. Cifremos nuestra común grandeza en una sinergia de aspiraciones y trabajos juntos por la unidad moral de nuestra América. Esa es la base previa de una posible confederación política que nos prepa-

re para recoger, dentro de un siglo, la antorcha de la civilización, ya temblorosa, en manos de la Europa envejecida. Una gran patria es la convergencia de sus mejores hijos hacia un gran ideal.

Un par de años después, Ingenieros ya era reconocido como una celebridad en la región. En los países latinoamericanos que visitó durante su viaje a los Estados Unidos, Ingenieros era reconocido como un intelectual público de prestigio, sociólogo y, sobre todo, como el autor de *El hombre mediocre*, más que como científico. Durante este tiempo se había encargado de construir una red de relaciones con intelectuales destacados de la región, incluyendo algunos de la talla de Alfonso Reyes. A su llegada a Cuba, por ejemplo, lo esperaban en el puerto de La Habana una gran cantidad de periodistas e intelectuales de prestigio.

Extracto del capítulo "El último Ingenieros. Del panamericanismo a la Unión Latinoamericana", en José Ingenieros, *El hombre que lo quería todo* (Edhasa).



José Ingenieros. El hombre que lo quería todo.
Mariano Ben Plotkin
Editorial Edhasa
344 páginas.
\$ 1985

sufría de falta de deseo sexual. Allí anota que "un rápido examen de la sensibilidad genital permitió comprobar que la excitación sexual existía. Y agrega que la paciente se sorprendió de sus propias sensaciones y de que la región sensible estuviera "en la parte superior de la vulva y no en el fondo de la vagina, como las impulsiones vehementes de su esposo le habían hecho suponer". Ingenieros ilustró al marido acerca de la verdadera situación sexual de su esposa, induciéndolo a "educar" la sensibilidad de la zona mediante excitaciones progresivas". Aquí se evidencia la importancia que le adjudicaba a la educación sexual, tanto del hombre como de la mujer, y en esto se ubicaba en la vanguardia del pensamiento y las prácticas médicas de la época. A diferencia de otros reformadores, que fomentaban una educación sexual teórica vinculada a la eugenesia, aquí se trataba de una educación sexual de tipo práctica, la educación del placer femenino. Ingenieros también

indaga en la sexualidad masculina. Cuenta el caso de un hombre que sufría de "anafrodisia masculina por inexperiencia sexual", y encontraba el origen en el hecho de haber sido educado en su infancia solo por mujeres y luego internado en una institución jesuita. Así llegó al matrimonio sin haber tenido contacto con mujer, ni haberse masturbado jamás. Y entonces dice que "se le indicó que frecuentase la compañía de una inteligente meretriz, la que se encargó de 'educarlo' con éxito satisfactorio". Esto ocurría en una sociedad mucho menos pacata de lo que pensamos. Era una sociedad donde estas cosas eran admitidas, donde un médico publicaba estas cosas en una revista científica y lo discutía con sus colegas, y los pacientes aceptaban sus prescripciones algo heterodoxas sin mayores problemas.

-Y dentro de esa cabeza talentosa también hay contradicciones importantes, por momentos exhibe un discurso racista.

-Sí, el racismo fue una constante en su pen-

samiento aunque lo fue redefiniendo a lo largo del tiempo. En una de sus crónicas que hace para *La Nación*, en su primer viaje a Europa, en 1905, el barco para en Cabo Verde y él habla de los locales como razas inferiores, escribe que "a esos negros lo peor que les pasó fue que abolieran la esclavitud, porque al menos antes, igual que los animales, tenían quién les diera de comer, y que lo que tiene que hacer un sociólogo es pensar como un criador de ganado en la Argentina, pensar en términos de raza, cómo mejorar la raza". Su latinoamericanismo, paradójicamente, también va a estar teñido de racismo y eso le genera problemas tanto en México como, sobre todo, con algunos intelectuales peruanos.

-También piensa el tema de la posteridad.

-Totalmente. Él le escribe a su padre y le dice: no tires ninguna de las cartas que te mando, porque eso va a facilitar la tarea a mis biógrafos. Era un estratega, tenía clarísimo cuáles eran los caminos por los cuales podía llegar a destino.